

De Chieri a Turín: cuando la calle enseña a educar

Recorramos algunos momentos de la vida de Don Bosco en los años 1841-1844. El período transcurrido en el Convitto Eclesiástico revista importancia fundamental para su maduración humana y para ser sacerdote totalmente empeñado a favor de los jóvenes.

El joven hijo de Margarita Occhiena, que baja de Chieri hacia Turín, está impregnado de un gran entusiasmo sacerdotal combinado con temores, conscientes e inconscientes, que derivan de su temperamento fogoso y de su corazón sediento de dar, y recibir, solidaridad y afecto.

Su experiencia en el Seminario de Chieri no había sido muy positiva. El clima educativo sabía a formalismo y a frialdad afectiva. La cultura teológica estaba embebida de tradicionalismo rígido. La dirección espiritual estaba imbuida del halo de la moral jansenista. Las relaciones de amistad, tan buscadas por él, eran vistas con sospecha y juzgadas como instrumento preferido por el demonio para atentar contra la “bella virtud” de los seminaristas. El producto final de esta “fábrica” de sacerdotes era el de preparar sacerdotes-funcionarios que privilegiaban el devocionalismo, en vez de hacer crecer pastores libres y maduros, capaces de predicar y vivir una espiritualidad liberadora, madura y atractiva, serena y gozosamente abierta a la vida así como ésta es.

Para Don Bosco los momentos más bellos habían sido aquellos vividos por las calles de Chieri, fuera de los muros del seminario, en medio de los chicos que había sabido atraer por su prestancia física y por su habilidad de malabarista. Inconscientemente Don Bosco percibe que la gran pasión educativa que él advierte en sí hacia la juventud no tiene el soporte de una adecuada formación humana y cultural, que lo habilite a afrontar con competencia los problemas, existenciales y de fe, que manan del universo juvenil turinés de aquel tiempo.

La ayuda de formadores y amigos.

Para colmar esta gran laguna, es ayudado por grandes sacerdotes que la Providencia le facilita de frecuentar durante los 3 años pasados durante los tres años pasados en el Convitto. El teólogo Don Guala y Don Cafasso le testimonian con la coherencia de su propia vida sacerdotal qué cosa significa y comporta ser sacerdote.

Don Félix Golzio, que será su confesor habitual después de la muerte de Don Cafasso en 1860, lo acompaña con una dirección espiritual profunda, radicada en la sobriedad del vivir, en la seriedad del estudio y en la humildad del empeño pastoral constante y generoso.

Con tres colegas de estudio (Don Jacinto Carpano, Don Pedro Ponte y Don José Trivero), que toman a su cuidado particular a los numerosos limpiachimeneas del Valle D’Aosta, comparte un pequeño sector del patio del Convitto para los juegos, y luego se confronta con ellos, intercambiándose las respectivas experiencias sobre la primera actividad educativa puesta en acción.

Aprender y ser sacerdote entre los jóvenes.

Es en este contexto en el que se inserta el encuentro con Bartolomé Garelli. No debemos leer este episodio con la frialdad del historiador profesional, sino, más bien, abordarlo con el calor exuberante de un recuerdo que ha marcado una etapa fundamental para la misión de Don Bosco.

Él, nacido el día en el que la liturgia de la Iglesia festeja la Asunción, comienza su actividad educativa en el día de la Inmaculada. Y la Virgen llegará a ser un eje inalienable de su ser sacerdote educador.

Rápidamente se despoja de la actitud tradicional eclesial, hecha de distancia y poca cortesía, que el clero activa en el encuentro con los jóvenes para meterse en el rol de sacerdote padre, hermano y amigo: rol que es desconocido al "clérigo de sacristía" José Comotti, típico representante de las relaciones jóvenes-sacristía de entonces.

El diálogo sucesivo es rico de participación, libre de todo atisbo de prepotencia y para nada sobreprotector y sobrador. Don Bosco logra relacionarse fácilmente con Bartolomé, que no rechaza la relación humana ofrecida; es más, se deja implicar en la propuesta educativa ofrecida con inteligencia y respeto, y no impuesta.

Sintiéndose juntos, acompañados por María, un sacerdote y un joven comienzan el largo camino que los lleva a iniciar un nuevo modo de encontrarse, al cual cada uno de nosotros está invitado a participar y, si es el caso, a descubrir en su irrenunciable autenticidad relacional de fe y de aventura educante.

Con su vida, Don Bosco nos enseña que si queremos entrar en empatía con los jóvenes debemos despojarnos de la presunción de tener en el bolsillo la solución de a cualquier problema educativo. Sólo acercándonos al nivel de los jóvenes, lograremos establecer una relación en la cual, amando y apreciando aquello que ellos aman, lograremos que aprecien aquello que es fundamental para crecer como "buen cristiano y honrado ciudadano".